

---

# Saliendo del closet: narrativa orientada a recuperar la experiencia profesional

*Coming out of the closet:  
narrative oriented to recover professional  
experience*

Susana Cazzaniga

Trabajadora social  
(Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina)

Doctora en Ciencias Sociales  
(Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina)

Docente investigadora de la Facultad de Trabajo  
Social  
(Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina)

Docente de Posgrado en diversas  
Universidades nacionales y de Latinoamérica.

Supervisora de equipos disciplinares e  
interdisciplinares en instituciones.

Correo: gringacazza@gmail.com

Resumen

El artículo, basado en una exposición realizada para la ONG “Identidades comunitarias” de la ciudad de Veracruz, México en el 2021, trata sobre la escritura de las y los profesionales que se desempeñan en los espacios socio asistenciales, en particular de las y los trabajadores sociales. Reviso y critico tanto las formas canónicas en las que fuimos moldeados a la hora de llevar adelante esta práctica como la división social, técnica y sexual del trabajo que inviste a ciertos espacios como los autorizados para la producción escrita y jerarquiza los campos disciplinares/profesionales más aptos para realizarla. Por otra parte recupero la noción de experiencia como materia prima de la escritura, las resistencias y las posibilidades de convertirlas en intervenciones políticas que no sólo consolida y legitima al campo sino que hace visible las condiciones de vida vulnerabilizadas de grandes sectores de la población.

Palabras clave

Escritura, Experiencia, Campo disciplinar.



Abstract

The article, based on an exhibition carried out for the NGO “Identidades comunitarias” in the city of Veracruz, Mexico in 2021, addresses the writing of professionals who work in social assistance institutions, particularly social workers. I review and criticize both the canonical forms in which we were molded to carry out this practice and the social, technical and sexual division of labor that invests certain spaces as those authorized for written production and hierarchizes the disciplinary/professional fields more suitable to perform it. On the other hand, I recover the notion of experience as the raw material of writing, the resistances and the possibilities of turning them into political interventions that not only consolidate and legitimize the field but also make visible the vulnerable living conditions of large sectors of the population.

Keywords

Writing, Experience, Disciplinary fields.



## Presentación

Este artículo se basa en la exposición que realicé en el taller sobre escritura convocada por la Organización No Gubernamental “Identidades Comunitarias” de la ciudad de Veracruz, México, en el mes de agosto de 2021. La actividad perseguía como objetivo la incentivación a colegas y profesionales de otras disciplinas que se desempeñan en instituciones y organizaciones socio asistenciales, para que escribieran sus experiencias cotidianas, en particular aquellas derivadas de la intervención durante la pandemia de COVID-19.

Revisada para esta ocasión, creo conveniente advertir sobre algunos aspectos, previo al desarrollo de ciertas reflexiones que sobre la práctica escritural de las y los profesionales que intervienen cotidianamente -en especial de las y los trabajadores sociales-, me interesa compartir.

En primer lugar, me considero una advenediza en el campo de las letras y no he realizado ninguna formación que me ubique en algún supuesto lugar de saber al respecto. Mi gusto por la lectura, el deseo de transmitir y socializar experiencias y, en particular, la siempre atenta *ayudita de las y los amigos* más avezados, me llevaron a abordar esta práctica con resultados no siempre exitosos, es importante decir.

En segundo lugar, mis escrituras son siempre desde Trabajo Social en una inscripción interdisciplinaria y están dirigidas a quienes les interesa la amplia gama de temas que se anudan y desanudan en los tránsitos que realizamos por lo social asistencial.

Con estas advertencias como parámetro, me aventuraré a *escribir* sobre la escritura.

### El arte de escribir experiencias

#### a.- Sobre la escritura

Junto a la lectura, la escritura es una acción humana que nos permite la comunicación, relacionarnos y, en particular, hacer inteligible la realidad. Cuando escribimos damos forma a un pensamiento sobre *algo*, lo narramos, armamos un texto. Escribimos las experiencias para nosotras y nosotros y para las y los demás y, al hacerse público,

se convierte en un acto político en tanto y en cuanto interviene generando modificaciones en los modos de pensar, en los conocimientos, en las prácticas. Más aún, cada texto escrito es motivo de múltiples interpretaciones y desencadena tematizaciones y problematizaciones, contrapuntos agónicos o antagónicos, síntesis o diferenciaciones.

Fuimos moldeados por los cánones occidentales dictados por los propietarios del saber legítimo, y obviamente cuando escribimos tendemos a hacerlo desde esa matriz. No obstante, hay muchas formas de escribir y también existen diferentes textos en los que se puede identificar escrituras, nuestros cuerpos son ejemplo claro de esto. Digo entonces que existen formas de escribir “no convencionales” que también comunican.

#### b.- Sobre las experiencias

Jorge Larrosa (2009) dice que la experiencia *es lo que me pasa*, se trata entonces de un acontecimiento singular que es vivido y significado subjetivamente, que no se deja generalizar fácilmente, que impregna nuestro ser y que deja siempre abierta la pregunta por el sentido, por el significado, por el valor de aquello vivido. Quienes viven la experiencia son sujetas y sujetos a quienes les pasan cosas y que, desde la propia vulnerabilidad, se conmueven. Las experiencias generan conocimientos y saberes... en tanto y en cuanto las personas tengan la predisposición a aceptar *que le pasan cosas*. El autor agrega una consideración muy interesante para nuestro campo, cargado desde el vamos de una visión practicista y voluntarista sobre su intervención, diciendo que “hay que separar bien ‘experiencia’ de ‘experimento’, descontaminar la palabra ‘experiencia’ de todas las adherencias empíricas y empiristas que se le han ido pegando en los últimos siglos” (2009:28). Para eso es necesario recuperar la dimensión subjetiva, “lo que hemos llamado hasta aquí el ‘principio de subjetividad’, el ‘principio de reflexividad’ y el ‘principio de transformación’” (Larrosa, 2009:29).

Las experiencias profesionales recortan un tipo particular de experiencia, en la que la subjetividad se encuentra muy presente. Podemos decir que la experiencia profesional es la experiencia de la *interven-*

*ción*: qué hacemos, con quien lo hacemos, por qué lo hacemos, para qué lo hacemos, cómo lo hacemos, cuándo y dónde lo hacemos. De este modo, la experiencia de intervención involucra sujetas y sujetos: las otras, otros y otras y nosotras, nosotros, nosotres. En esa intersubjetividad pretendemos comprender, explicar, denominar y transformar una situación (las problemáticas sociales). Conlleva, además, una intencionalidad (objetivos, metas), construcción de estrategias (procedimientos, cómo) en un tiempo y en un espacio. Toda esta experiencia de intervención se encuentra atravesada por la pregunta ética por excelencia: ¿por qué hago, decido, actúo de esta manera y no de otra?

Las experiencias profesionales necesitan ser reflexionadas, revisadas, para poder recrearlas, reinventarlas y hacerlas circular. De allí la importancia de escribirlas.

### c.- La escritura de las prácticas profesionales

Dije que vivimos en un orden social capitalista, patriarcal, neoliberal, donde los saberes están colonizados. Esta hegemonía nos impone criterios de verdad, de ética, de estética y si bien existen resistencias a ella, estas matrices son tan profundas que muchas veces quedan naturalizadas, como por ejemplo la *persona* en la que escribimos y las normas de citas. Como expresa María Eugenia Hermida retomando los aportes feministas, como por ejemplo los de Hill Collins (1990), el uso de la tercera persona se convierte en “un dispositivo que busca el efecto de lectura de una supuesta omnicomprensión y neutralidad valorativa, que esconde el propio lugar de enunciación y las referencias éticas, políticas y teóricas que lo sustentan” (2020:95). El campo del conocimiento y obviamente el de la escritura se encuentran muy instituidos bajo esas formas, marcando, por ejemplo, cuáles son las instituciones y quiénes se encuentran bajo la investidura y la autorización para producir conocimientos y escribirlos. Se produce entonces una jerarquización que no sólo juega en esos ámbitos, sino que se desplaza hacia el sentido común, e incluso se instala en el sentido común *ilustrado* en el que se descuenta que la comunidad académica es quien “sabe” conocer y escribir en detrimento de otras prácticas y experiencias.

Pero es necesario decir algo más respecto de esto: las y los profesionales que nos desempeñamos en estos ámbitos conocemos los procedimientos y los jugamos a la perfección, ya que del acatamiento a estas reglas depende *nuestra supervivencia* en los mismos y ahí vamos tratando de acumular *papers* en publicaciones de impacto, buscando con vehemencia los eventos más representativos para presentar ponencias, etc., etc. Toda esta *construcción* reproduce las diferenciaciones y refuerza simbólicamente que existen ciertas personas que *pueden escribir*, validando que la escritura sólo es posible para quienes transitan esos espacios. No obstante, en su interior también existen otras jerarquizaciones. Por un lado, la disciplinaria, porque bien sabemos que desde siempre existieron conocimientos más legitimados, como los provenientes de las ciencias naturales en detrimento de las sociales y, entre estas últimas, unas son más reconocidas que otras. Por otro lado, aparece la cuestión de género, porque si bien hoy la producción teórica femenina tiene mayor reconocimiento que en otros tiempos, las condiciones en las que nosotras producimos son diferentes a las de los varones, en tanto nuestras carreras se ven interrumpidas o lentificadas por las tareas de cuidado que debemos asumir. Además, es necesario decir que en muchas instituciones académicas se observan resistencias en la búsqueda (y concreción) de otras formas de producir y particularmente transmitir conocimientos (uso de la gráfica, la fotografía, las filmaciones, entre varias más), con escasas estrategias para recuperar y legitimar la producción escrita por fuera de sus fronteras.

Por su parte, la mayoría de las profesiones fuera de ese ámbito no tienen como mandato hegemónico la construcción de conocimientos y, por ende, escribir. Muy por el contrario, la demanda social se encuentra en el *hacer* y en este amplio espectro quienes intervienen en instituciones y organizaciones socio asistenciales son incluso menos valoradas y valorados para estas prácticas. En la base de todo este edificio se encuentra la famosa división social, técnica y sexual del trabajo presente en la ciencia moderna que, a pesar de los avances en otras direcciones, sigue vigente.

En los últimos tiempos van apareciendo producciones elaboradas por profesionales que no pertenecen a aquel ámbito, prácticas éstas que aumentaron durante la pandemia. En efecto, al *calor* de las incer-

tidumbres y las irrupciones inéditas de la cotidianidad, las y los trabajadores sociales en particular, han presentado sus preocupaciones, perplejidades y hallazgos en artículos y una variedad de documentos escritos tanto en forma individual como colectiva y que fueron recuperados por los colegios profesionales u otras organizaciones que garantizan así acceso y circulación. También encontramos escritos en diarios y revistas de divulgación e incluso libros.

Sin embargo, si nos remitimos a la cantidad de profesionales que intervienen en los espacios público estatales y público societales no se observa que se encuentre generalizada, diría que es muy anhelada, pero que no logra *salir del closet*, y para abundar diré que en más de una oportunidad me he encontrado en congresos con colegas que escuchando a algunos panelistas -la mayoría docentes investigadores de alguna universidad-, dicen “pero si esto que están diciendo nosotras lo hacemos todos los días...”.

En Trabajo Social hay una expresión muy común que alude a la tradición de oralidad que atraviesa el campo, enunciado que desde mi punto de vista funciona como mito, esto es, organiza las representaciones y prácticas de la disciplina/profesión. En los últimos años, colegas de distintos puntos del país venimos haciendo una recuperación de la historia desde las realidades locales y regionales, encontrándonos en sus orígenes con una importante producción escrita que evidentemente se fue desvaneciendo, hecho que nos debería llevar a pensar en los motivos e intereses que se pusieron en juego para que eso sucediera.

Si bien la oralidad no necesariamente es una tradición ni una práctica inalterable, sí es necesario considerar que en las intervenciones cotidianas hay un sinnúmero de acciones que se rigen por el habla, y como expresa Ana Zabala para el caso de las maestras y maestros “(cuando) la migración de ideas de un mundo predominantemente oral en la docencia pasa hacia uno materializado a través del texto escrito que se puede leer y compartir con otros (se produce) toda una intervención de reflexiones insospechadas vistas desde varios juegos temporales” (2021:217-218).

## Salir del clóset

### a.- Escribir: por qué y para qué

Cuando preguntamos a las y los profesionales (no sólo trabajadores sociales) que intervienen en las instituciones cuáles son las razones por las que no se escribe, encontramos respuestas como estas: “no es necesario”, “no se sabe cómo hacerlo”, “no hay tiempo”, “la institución no lo valora”. Paralelamente, hay una queja constante por la falta de reconocimiento.

Creo que una de las maneras de legitimación de una disciplina/profesión está en la transmisión y comunicación, y la escritura es el mecanismo privilegiado, pero para que eso se cumpla debe ser entendida como parte de la intervención profesional.

¿Por qué debemos escribir nuestras experiencias? Por una parte, como planteamos en el párrafo anterior, porque legitima al dar cuenta de una autoridad para decir y hacer sobre lo social. Pero en ese decir/hacer, visibilizamos tanto a las problemáticas sociales como a los sectores subalternos que las padecen y los derechos que les asisten y, de este modo, se convierte en un acto político, disputando sentidos en el espacio público. Pero la escritura también nos permite reflexionar sobre la propia intervención profesional.

### b.- Diferentes escritos fuera del ámbito académico

Por lo menos en Trabajo Social contamos con el registro (cuadernos de campo, notas, etc.) y el informe que *escriben* la intervención. Podemos agregar los documentos (planificaciones, programas) y publicaciones (esta práctica, como ya dijéramos, en menor grado para los ámbitos extra académicos).

Si, tal como expresé, la escritura en cualquiera de sus formatos es parte de la intervención profesional, entonces es importante reconocer que desde el mismo momento en que nos conectamos con la demanda (sea individual, colectiva, institucional) la escritura está presente como *registro*. ¿Qué registramos de la experiencia de intervención? Respuesta que depende, obviamente, del momento en el que estamos de acuerdo a la estrategia que estamos elaborando. En términos muy



generales, podemos decir que no se trata sólo de *datos* que describen, aunque ellos sean importantes, sino de las preguntas que nos hacemos frente a la situación y sus actrices y actores. El registro nos proporciona la *materia prima* para la comprensión/explicación, permite la problematización y la reflexión, la construcción de la denominación (cómo conceptualizamos esa situación) y la confección de acciones para su *transformación*. Del registro surgen los contenidos para otros *escritos* y que, sólo a modo de ejemplo, vamos identificar algunos.

Entre los más significativos, encontramos el informe, esa técnica o instrumento según la intencionalidad que adquiere en el proceso de intervención profesional, es realmente una producción escrita de las y los profesionales que puede ser entendida como instancia privilegiada de legitimación de los campos disciplinares/profesionales. Su elaboración puede configurarse en torno a preguntas que, como orientaciones, dejo para la reflexión, agregando que existe una interesante literatura al respecto de la que destaco el libro de Giribuela y Nieto (2009).

¿Sobre qué problemática informo? Es muy importante el conocimiento que tengamos sobre ella, en términos teóricos y empíricos para lograr mediaciones conceptuales que den cuenta de la particularidad.

¿Para qué informo? Aquí juegan los horizontes de sentido más estratégicos de la intervención (la cuestión de las visibilizaciones, el reconocimiento de derechos, etc.) y lo más singular (qué pretendo conseguir con ese informe). Estas referencias, que insisto son muy generales, nos permiten discernir qué información privilegiar, qué decir y qué no decir.

¿Para quién informo? En este aspecto hay que tener en cuenta por lo menos dos cuestiones: a quién va dirigido el informe (destinatario/destinataria) y, paralelamente, quién/quienes están presentes en ese escrito. Pero hay alguien más allí: las y los profesionales que son parte de la trama que ponen sus argumentos, que no pueden dejar de lado que siempre se habla de personas vulnerabilizadas a las que se les debe respeto. Es evidente la incidencia que la reflexión ética tiene en la confección de un informe.

Los registros también pueden nutrir la comunicación de experiencias. Estas instancias presentan particularidades según su objetivo, en tanto podemos hacerlo para diferentes públicos y por diferentes moti-

vos. Puede ser para socializar las intervenciones con otras y otros profesionales, al interior de las instituciones y/o en congresos/jornadas, pero también para publicar como artículos en revistas especializadas o espacios de divulgación (boletines, periódicos, etc.).

Toda otra discusión se abre acerca de las condiciones *formales* en las que escribimos nuestras experiencias. En algunas situaciones, como expresara más arriba, respecto de los informes hay una serie de consideraciones que en cada situación las y los profesionales deben sopesar. Tenemos también algunas formalidades que se exigen en la presentación de artículos y ponencias, en general sujetas a los cánones de la *buena escritura académica*, formas que ya he calificado como estándares producidos por los saberes hegemónicos sobre el tema. En un encuentro organizado por el Programa de Estudios sobre Escritura en Ciencias Sociales del IDAES, UNSAM en julio de 2021<sup>1</sup>, investigadores de prestigio como Ariel Wilkis, Elizabeth Jelín, Javier Auyero, entre otras y otros, recuperan la necesidad de contar con un espacio de reflexión sobre estas prácticas en el propio seno de la academia. En el mismo se cuestionó la tradición jerárquica de la escritura en ciencias sociales, condición para lograr una mayor expansión en lo público revisando *quién quedó afuera* y alertando sobre el peligro de cercar a la escritura académica como trinchera de clase y generacional para defender privilegios<sup>2</sup>. Sostengo que estas reflexiones, aunque provengan de un sector académico minoritario, abren la posibilidad de pensar una escritura diferente y de discutir las condiciones no sólo de esta práctica en ese ámbito, sino y en simultáneo, en otros espacios.

Si logramos esta apertura, discutiendo de conjunto es probable que aparezca con mayor contundencia la necesaria producción de las y los profesionales en la que aparezca la escritura de las experiencias de intervención sin que se conviertan en una descripción ni en un informe ni en una denuncia. Creo que el excelente libro de María Victoria Cano es una prueba contundente de que se puede con honestidad intelectual, valiéndose en este caso de crónicas, incorporando su subjeti-

.....

1 1as Jornadas del Programa de Estudios sobre Escritura Académica en Ciencias Sociales “Escribir lo social: ese oficio esquivo” IDAES, UNSAM 6, 7 y 8 de julio de 2021.

2 Notas tomadas por mí durante el desarrollo del seminario.

vidad en cada relato, romper con las jerarquías. María Victoria muestra con precisión la intervención profesional visibilizando la trama de injusticias y, en este sentido, nos convence (por lo menos a mí) de que la escritura de las experiencias de intervención contiene la potencia del aporte en la lucha por la defensa de los derechos humanos y por sociedades más justas e inclusivas.

Es que como dice Eduardo Galeano: “Quien escribe teje. Al fin y al cabo, texto viene del latín *textum*, que significa tejido. Como hilo de palabras vamos diciendo, con hilos de tiempo vamos viviendo: los textos son, como nosotros, tejidos que andan”.

## Referencias bibliográficas

Cano, María Victoria (2021). *Estos años de gente. (Crónicas desde el borde)*. Rosario: María Victoria Cano.

Giribuela, Walter y Nieto, Facundo (2009). *El informe social como género discursivo. Escritura e intervención profesional*. Buenos Aires, Argentina, Espacio Editorial.

Hermida, María Eugenia (2020). La tercera interrupción en Trabajo Social: descolonizar y despatriarcalizar. *Revista Libertas*, 20(1), 94 – 119.

Larrosa, Jorge (2009) “Experiencia y alteridad en educación”. En C. Skliar y J. Larrosa (Eds.) *Experiencia y alteridad en educación*. Rosario, Argentina, Homo Sapiens Ediciones.

Zabala Huerta, Ana y Dianet Miroslava, Zaval (2021). El insólito hilar de la enseñanza. Conversación con Ana Zabala Freire. *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, (73), 217-231. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=89866227008>

Recibido: 15/03/2022

Aceptado: 30/05/2022